

LA ÚLTIMA CENA

La tropa cabalgaba por los alrededores de Greenville hacia el este. Evitaban las grandes ciudades y los pueblos como expertos batidores, dejando tras de sí un rastro de granjas saqueadas y crímenes espantosos. A finales de 1864, el invierno era muy duro para estos seis hombres de la confederación, el ejército nordista de Sherman asolaba el sur e intentaba tomar la ciudad de Columbia.

Desaliñados, cansados y amilanados ante la pérdida de la guerra, se comportaban como auténticos salvajes, seis desertores que se aproximaban hacia un pequeño rancho.

Laura Linney era una mujer joven y hermosa, devota acérrima de Dios, esperando con ansiedad el día en el que terminara aquel maldito conflicto, para poder continuar su labor como evangelista. Sus dos hijos, Jenni y Tim de nueve y ocho años, permanecían pegados a su falda ante la llegada de la caballería. Sabía que aquellos hombres arrasarían su casa y probablemente los matarían.

-¡Bienvenidos caballeros!-saludó Laura-. ¡Si tienen la amabilidad de pasar dentro les prepararé un guiso!

Los hombres desmontaron y entraron en la casa. Con mala educación, entre gruñidos comieron como cerdos lo que había encima de la mesa. Mientras, la mujer y los niños preparaban trozos de carne en una cazuela. Los forajidos eran afortunados, una mujer bella, comida en abundancia y ni un alma en cinco kilómetros a la redonda.

-¡Tu espera fuera!-ordenó el teniente Marshall-. Estás demasiado borracho y alguien tiene que vigilar los caballos-dio un puntapié a uno de los soldados, los demás rieron como majaderos.

Frank salió al porche medio mareado, condujo a los caballos al establo y cayó desplomado sobre un montón de paja.

Habrían pasado dos horas desde que Frank se durmiera, despertando con una resaca insoponible, mareado al incorporarse. Se apoyó en la puerta y salió al exterior. Ya era de noche. Eso le enfureció. La zorra estaría ya muerta, después de que todos los hombres del teniente se saciaran con ella. No se habían dignado a relevarle, tenía frío y hambre.

Jenni y Tim aparecieron sonrientes ante él, con un plato de comida y bebida.

-Señor soldado hemos pensado que al despertar le gustaría cenar algo caliente-dijo Jenni con voz encantadora.

El hombre arrancó el plato de comida de las pequeñas manos del niño y devoró con ansiedad aquel estofado de carne. Estaba delicioso. Su ánimo cambió radicalmente. Los niños seguían vivos, estaban contentos. La orgía salvaje aún no había comenzado, después de todo sus colegas no eran tan precipitados como en otras ocasiones. Terminó con un eructo y escupió en el suelo.

Las lámparas aún estaban encendidas en el salón. Frank subió al porche y entró en el salón.

-¡Malditos confederados folladores, porque no me habéis...

Frank se quedó con la boca abierta. Aturdido, no daba crédito a lo que veían sus ojos. Cuatro de sus compañeros permanecían sentados alrededor de la mesa, los ojos cerrados, las cabezas orientadas hacia el techo. De sus gargantas brotaba la sangre, bajaba por sus guerreras y llegaba hasta las botas de Frank.

Escuchó ruidos y risitas procedentes de la cocina. Desenfundó el revolver y caminó con cautela. Algún comando de la unión había sorprendido a aquellos imbéciles, pensó.

Pese a la situación de alarma, se sintió anormalmente relajado, se estaba desmayando. Llegó al umbral de la puerta.

El horror dejó al soldado sin poder reaccionar. Los dos niños descuartizaban el cuerpo del

teniente en un juego macabro. Se llevó la mano a la boca cuando vio los pies y las manos de Marshall hirviendo en la cazuela. Estaba a punto de desfallecer.

-Mateo 26. La última cena-oyó Frank detrás suyo. Era la bella mujer citando la Biblia y armada con una escopeta-. ... Y, estando comiendo, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición...

Frank levantó el revolver, pero antes de que pudiera apuntar a la mujer, ésta disparó y le voló la mano a la altura de la muñeca. Mientras el soldado caía entre gruñidos de dolor, los niños cogieron la extremidad amputada y se la sirvieron en un plato.

- ...El que mete conmigo su mano en el plato, ése es el traidor-seguía recitando Laura.

El hombre perdía el conocimiento. Sabía que algo le habían servido en la cena, alguna droga que lo estaba sedando, como a sus compañeros. Dio varios traspies, salió de la casa. Los niños corrían a su alrededor como pequeños demonios burlones. La madre los seguía mientras alzaba la voz.

-¡Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y partió, y dióselo a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo.

Frank dejaba tras de sí un reguero de sangre. Corrió con todas sus fuerzas hacia el establo tratando de no desmayarse. Los caballos ya no estaban. Ante él se abrió en el suelo las puertas de una bodega. Se giró, aterrorizado, apenas se mantenía derecho. La mujer y los niños cortaban su retirada.

-¡Y tomando el cáliz dio gracias y dióselo, diciendo: Bebed todos de él!

Jenni y Tim lo empujaron escaleras abajo. Desesperado, el confederado reptaba como una serpiente moribunda. Tropezó con muchas armas, varios uniformes grises manchados de sangre, desgarrados, y al final del sótano, una montaña de huesos humanos.

Frank gritó como un chiquillo aterrorizado.

-¡Porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados!

Lo último que vio Frank antes de desmayarse fue la lóbrega lámpara de la despensa.

Y esos tres rostros, esbozando una sonrisa, mientras blandían los afilados cuchillos.

Nostrapacus.